

## Cuba: la revolución y sus raíces históricas

---

HUGH THOMAS, educado en Queen's College, Cambridge, y la Sorbona, tiene actualmente la cátedra de Historia Moderna en la Universidad de Reading, Gran Bretaña. Anteriormente fue profesor de la Academia Militar de Sandhurst. Entre sus numerosas obras se cuentan una novela, *The World's Game* (1957) y un volumen de ensayos preparados bajo su dirección, *The Establishment* (1959). Pero indudablemente su prestigio está fundamentalmente basado en sus trabajos sobre historia contemporánea de los cuales los más notables son *La Guerra Civil Española* (1961), *The Suez Affair* (1966) y *Cuba, or the Pursuit of Freedom* (1971). El profesor Thomas visitó Chile en abril de 1971 invitado por el Instituto de Estudios Internacionales, el Consejo Británico y el Consejo de Rectores de las universidades chilenas. Este artículo está basado en dos de las presentaciones que hizo ante el Seminario sobre Problemas Contemporáneos de América Latina organizado por el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile.

---

Creo que es oportuno e importante examinar algunas de las características principales de la Cuba moderna, con el objeto de tratar de determinar cuáles de ellas pueden haber sido factores de significación en el proceso que culminó con la revolución y que asimismo pueden haber influenciado significativamente la manera cómo ésta se ha desarrollado.

La primera característica que me propongo considerar podría plantearse brevemente en forma de una interrogante. ¿Qué es un cubano? Sobre esto hay muchas apreciaciones dignas de ser mencionadas. El último censo de Cuba, efectuado en 1953, sugiere que en esa época el 70% de la población era de raza blanca y que el 29,5% restante se dividía aproximadamente en mitades iguales entre negros y mulatos. Además, el censo indicó que un 0,5% era de origen chino. Un porcentaje similar fue sugerido por el censo de 1943, por lo que podría deducirse que para juzgar el origen de los cubanos desde el punto de vista étnico, las informaciones que se poseen son de confiar. Sin embargo, empiezan a despertarse nuestras sospechas cuando averiguamos que mientras en 1953 el criterio en cuanto al origen racial de los

entrevistados fue establecido separadamente por cada enumerador censal, en 1943, tal criterio fue establecido preguntándoles a los mismos censados a qué grupo racial estimaban ellos que pertenecían.

Si se acepta que cualquiera de estos dos métodos es aceptable para abordar el problema, subsiste la coincidencia inaceptable que entrega cifras iguales a pesar de haber sido éstas obtenidas con métodos absolutamente diferentes y con diez años de distancia entre los dos censos.

Uno comienza por preguntarse: ¿de qué color eran los enumeradores? Y el hecho es que la mayoría de las personas que saben algo de Cuba, incluyendo a Fernando Ortiz, el antropólogo más eminente de ese país, hombre con un conocimiento sobresaliente de AfroCuba (desgraciadamente muerto hace poco), piensan que estas cifras son totalmente engañosas. Cualquiera persona que visite la isla diría lo mismo después de pasearse durante una o dos horas por La Habana. Sería mucho más apropiado considerar a Cuba como una nación multicolor, la mitad de cuya población tiene probablemente por lo menos algo de sangre africana, siendo la proporción de ésta —como incluso lo sugieren los censos— algo más alta en la provincia de Oriente y algo más baja en la de Camagüey.

Estas mismas estadísticas sin duda sugieren el grado en que Cuba es tanto una isla del Caribe, como del Africa, e incluso de América del Norte. ¿Puede un pueblo, muchos de cuyos antepasados vinieron de lo que actualmente es Nigeria o el Congo, ser totalmente parte de América Latina? Naturalmente que lo mismo podría preguntarse acerca del Brasil; y en Brasil, como en Cuba, la cultura del país se ha visto grandemente afectada por la influencia africana. Algunos piensan de la música cubana en términos de la majestuosa habanera, indudablemente una importación latina, pero la mayoría identifica a Cuba con la conga o la rumba, las cuales, al igual que la samba del Brasil, eran danzadas de algún modo en el Africa quizás antes que los europeos hubiéramos salido de las estepas del Asia central. De la misma manera, la mayor parte de los mejores artistas cubanos han sido negros o mulatos, o al menos muy influenciados por la maravillosamente rica veta afrocubana: su mejor poeta del momento Nicolás Guillén, es un mulato, su mejor pintor, Wilfredo Lam, es mitad chino, mitad negro, y ¿dónde estaría Alejo Carpentier sin una población esclava que recordar?

Que Cuba es parte de la cultura del Caribe lo indica también el papel preeminente desempeñado, durante tanto tiempo, por el azúcar en su economía y en su sociedad. El azúcar y la esclavitud negra siempre estuvieron íntimamente ligados, por la sencilla razón de que en el

Caribe, en el pasado, no se podía hallar a ningún hombre blanco para que trabajase en el cañaveral, salvo como capataces o mayorales.

Hay otra cuestión étnica sencilla que conviene mencionar, antes de entrar a considerar algo de la relación entre blancos y negros en Cuba. Cuando los españoles llegaron al Caribe, encontraron, como todos lo sabemos, una cierta cantidad de indígenas nativos. De ellos adquirieron el gusto por el tabaco, de importancia tan fundamental en la sociedad moderna; de ellos adquirieron la sífilis, que ha desempeñado un papel aún más importante. Pero después, de acuerdo con los libros de historia por lo menos, la población indígena desapareció; masacrada en su inmensa mayoría, como lo recuerdan con gran regocijo los autores protestantes que se basan en los escritos de Las Casas. El resultado es que hoy día, el indígena caribe nativo aparece confinado a una pequeña reservación en la isla británica de Dominica. Pero esto en realidad no fue así. Las primeras generaciones de españoles, así como hicieron trabajar en exceso a los pobres arawaks en Cuba y (porque así se llamaban los indígenas), ciertamente mataron a muchos, también convivieron con ellos y al igual que en México, la población mestiza se llamó más tarde "blanca", aunque también fue descrita como "criolla" para distinguirla de los peninsulares enviados por la Corona de España para gobernar estos territorios. El resultado es que, aun cuando los indígenas ciertamente desaparecen de todo cálculo oficial de la población cubana después de 1610, ciertamente sobreviven, en parte, en forma casi pura (como, por ejemplo, incluso ahora, en algunos pueblos pequeños de Oriente que yo mismo he visitado) y, en parte, en la sangre de todas las antiguas familias cubanas. Tengo muchas dudas de que en el año 1800 haya habido una sola familia bien establecida de La Habana que no haya tenido algo de sangre de los nativos arawak.

De modo que pienso que aquí debe haber existido algo así como una conspiración de silencio como la que ha habido con respecto a la contribución negra en el desarrollo cubano. La contribución indígena está simbolizada no sólo en la supervivencia de la famosa industria tabacalera cubana sino que por el hecho de que la típica casa pequeña de campo en Cuba todavía se denomina con el vocablo indígena *bohío*.

Ahora, al considerar el importante problema de las relaciones raciales en Cuba, me temo que debemos comenzar desde el comienzo. Los censos españoles desde alrededor del año 1790 a 1860 dan a Cuba una mayoría negra y mulata. Pero Cuba nunca llegó a ser del todo una isla tan predominantemente negra como por ejemplo Jamaica y las

islas británicas del Caribe, principalmente dado que los dueños españoles de las plantaciones se establecieron en Cuba para transformarse en la primera oligarquía cubana, mientras que los hacendados ingleses se hallaban casi en su totalidad ausentes, por estar ocupados de la política y del buen vivir en Inglaterra. En segundo lugar, aunque resulta virtualmente imposible, y sin duda difamatorio, decir cuál de las naciones coloniales europeas trató peor a sus esclavos africanos en el Nuevo Mundo (estos temas han sido discutidos en forma interminable) había una diferencia fundamental entre el trato que los ingleses (incluyendo a los notreamericanos ingleses) y los españoles daban a los esclavos: ésta era que los esclavos en el Imperio español podían comprar su libertad. Los hacendados españoles también tenían la costumbre de conceder la libertad a sus sirvientes viejos y también a sus bastardos. El resultado fue que en Cuba, a mediados del siglo XIX, había una clase numerosa de negros libres, establecidos en una variedad de profesiones en las cuales, de hecho, éstos estuvieron establecidos hasta 1959. Esta clase de negros liberados desempeñó un papel preponderante en las revueltas de esclavos en Cuba, como también en las guerras de la Independencia contra España. También ocuparon un lugar de primacía en los años que siguieron inmediatamente a la abolición de la esclavitud en 1886, para asegurar una legislación que impidiera la segregación en las escuelas y en los lugares públicos. Finalmente, esta importante clase, o sus hijos, dio varios políticos eminentes en Cuba en los primeros años de la República. Estoy seguro de que es a este hecho al que debemos acudir para una explicación del por qué las relaciones raciales en Cuba siempre han sido mucho mejores que en la mayoría de los países multirraciales.

Esto no quiere decir, sin embargo, que las relaciones raciales en Cuba fuesen perfectas. Los matrimonios entre personas de distintas razas antes de 1959 no eran frecuentes. La población negra nunca tuvo una participación justa en los puestos profesionales y su papel político se hizo menos importante a medida que fueron pasando los años. Posiblemente porque una mayoría de los negros cubanos todavía estaban haciendo frente a la difícil transición desde la esclavitud en la vida doméstica (que en realidad no existía en la plantación) a la vida familiar libre, los negros parecen más bien haber optado por no participar en la política cubana durante una gran parte de las dos generaciones que separan a la Independencia de la Revolución Cubana de 1959. En parte, sin embargo, tengo la impresión de que la vida política cubana, siempre muy retórica y grandiosa por lo menos en el lenguaje, ha estado siempre muy enraizada en la tradición hispana.

La excepción fue Batista, de quien se dice que tenía sangre indígena o china, además de negra. Quizás por esta razón, como también por el hecho de ser un hombre que ciertamente tenía un origen humilde, gozó durante muchos años de gran popularidad entre la clase obrera cubana que lo prefería a él antes que a políticos blancos, que, como Grau San Martín, hablaban de revolución, pero aprovechaban para llenarse los bolsillos. Batista, al igual que el General Machado, el otro dictador cubano de la década de 1920, apoyaba a los cultos afro-cubanos, y su ejército tenía muchos oficiales negros. En esto se diferenció del ejército rebelde de Castro, que en gran parte era blanco, o en todo caso, estaba dirigido por blancos, quienes en un principio, aparecieron a los ojos de la población negra, como simplemente otro grupo de revolucionarios españoles, a quienes les gustaban las armas y las palabras grandilocuentes.

Sin embargo, en cierto sentido, la posición del negro empeoró en Cuba durante el segundo régimen de Batista en la década de 1950. Esta fue la época de la "Floridización" de La Habana durante la cual, imitando a los norteamericanos se construyeron muchos hoteles de lujo, clubes y casinos en los cuales, como deferencia para los clientes norteamericanos, fue creciendo solapadamente una barrera discriminatoria contra los negros.

El único partido político antiguo de Cuba, en el cual la población de color tenía una voz importante era el Partido Comunista y esto era particularmente importante entre los maestros de escuela comunistas. Yo creo que lo que eventualmente atrajo a la población negra hacia la revolución de Castro fue la alianza entre fidelistas y el Partido Comunista, cimentada durante 1959 y 1960. Además, a la población negra cubana probablemente le agradan los gobernantes fuertes y Castro tiene naturalmente, algunas de las cualidades no tanto de un médico-hechicero, como han sugerido algunas personas, sino de un "santero"; sacerdote que oficia en los festivales religiosos africanos. Recientemente, no obstante, se ha hecho evidente una cierta tensión entre la Cuba negra y la Revolución; tanto Robert Williams como Eldridge Cleaver, fugitivos negros de la justicia norteamericana, se han sentido algo intranquilos en Cuba, principalmente, según entiendo, porque han encontrado que el liderazgo cubano es todavía casi enteramente blanco. Los ritos religiosos afrocubanos, aunque sobreviven, se han topado con ciertas dificultades, a causa del racionamiento, en general, y la escasez de gallos para el sacrificio, en particular. Hace un año o algo así, parecía como si pudiera haberse iniciado una campaña en contra de esta elástica "empresa privada", pero si es que esto fue así, más

adelante el gobierno lo pensó mejor, prudentemente, en mi opinión, porque estos festivales ciertamente sobrevivirán mientras queden tambores en Cuba. Sin embargo, es concebible que la cuestión racial pudiera algún día provocar dificultades en la Cuba revolucionaria, aun cuando la población negra evidentemente ha obtenido sustanciales ventajas a través de los logros educacionales y sanitarios de la revolución.

Esta discusión sobre la Cuba negra podría sugerir algunas de las diferencias entre Cuba y los demás países de lo que solía ser la América hispana. Sólo tengo una sugerencia adicional con respecto a este aspecto racial y ésta es simplemente hacer notar la importancia que tuvo el renacimiento en interés en el pasado indígena durante la revolución mexicana, y lo fácil que resulta imaginar que renacimientos indígenas semejantes puedan ser importantes en otros levantamientos culturales o políticos sudamericanos: por ejemplo en el Perú. Pues bien, esto no ha sido posible en Cuba. Ciertamente, no existe en un reemplazo, por ejemplo, ningún culto de la "negritud". La hermosa escuela de bellas artes en La Habana ha sido señalada como un ejemplo de la influencia del pasado indígena, y quizá esto sea así, pero es un ejemplo aislado. Por el contrario, de muchas maneras ha parecido como si consciente o inconscientemente la revolución cubana, al hallar a sus enemigos en la influencia cultural, económica y política norteamericana, ha tratado de rehispanizar a la isla y de restablecer a Cuba como un país en la tradición cultural hispánica, así como en la tradición revolucionaria hispánica.

Esto me trae al segundo punto importante que deseo plantear. Cuba siguió, naturalmente, siendo española durante más tiempo que ningún otro lugar de la América española y esto ha marcado su desarrollo tanto de una manera positiva como negativa.

La posesión de Cuba, isla que en esa época era cada año más rica, parece haber permitido a España aceptar la pérdida de una parte importante de su imperio en la década de 1820 sin una grave crisis psicológica; la pérdida de Cuba en 1898, por otra parte, provocó en España una crítica situación política. La principal consecuencia de esta continuada soberanía española en Cuba fue hacer de la isla entre 1820 y 1930, con apenas una interrupción provocada por el acto real de la Independencia, la principal válvula de escape para el excedente de población de España, ya fueran aventureros o aspirantes a millonarios vascos o gallegos pobres que después de 1870 viajaban a Cuba con pasajes subvencionados. Por lo tanto, en Cuba existe aún ahora una gran cantidad de españoles de primera y segunda generación. En el

siglo XIX, los inmigrantes españoles se hallaban en la primera fila de las innovaciones técnicas introducidas en la industria azucarera, desde la máquina de vapor para adelante. Dominaban la iglesia cubana y en el siglo XX también dominaban el comercio cubano. El dinero ganado durante el siglo pasado en Cuba ayudó a fundar el sistema bancario español, y financió tanto carreras políticas como revoluciones en la península. Esta prolongada presencia española ayudó enormemente a la economía de la isla, pero dañó la viabilidad de la sociedad y de la política cubanas. La iglesia cubana por ser conservadora y española, no desempeñó papel alguno en las guerras de la Independencia, perdió status y no contribuyó en forma importante a estabilizar la sociedad durante la República. La presencia de un gran número de comerciantes españoles económicamente poderosos, particularmente en La Habana, obstaculizó (junto con otras razones que mencionaré más adelante) el desarrollo de una clase media cubana nativa después de la Independencia. Finalmente, en este siglo, la presencia española en Cuba tuvo dos consecuencias especiales: contribuyó a asegurar que el primer movimiento laboral que surgió en Cuba fuese anarquista, con vinculaciones con la CNT española; y tuvo el efecto, en la década de 1930, de despertar el tipo poco común de nacionalismo básicamente antiespañol que fue una de las características del breve gobierno del Dr. Grau San Martín en 1933. Se recordará que las leyes de cubanización de ese gobierno estuvieron dirigidas principalmente contra el dominio excesivo de los españoles en industrias específicas.

Cuba, finalmente se liberó de España después de dos guerras prolongadas y sanguinariamente destructivas, en las cuales se cometieron brutalidades por ambos lados. Es verdad que estas guerras han dado a la Cuba moderna un pasado heroico para recordar y que incluso, en ocasiones, se trata de revivir, pero la segunda guerra de la Independencia, en la cual fueron muertos Martí y Maceo, arruinó a la economía cubana, arruinó a la vieja oligarquía criolla más allá de cualquiera posibilidad de recuperación y finalmente entregó la isla política, económica y culturalmente a Estados Unidos, quien, no sin reticencias, pero con gran eficiencia, pasó a ocupar la posición de nuevo amo imperial inmediatamente después de que los Borbones de España abandonaron la lucha.

Naturalmente, todos hemos hablado mucho acerca del papel de Estados Unidos en América del Sur o en verdad en todo el mundo, en ninguna parte, no obstante, fue esta influencia más dominante que en Cuba. Esta relación además comenzó temprano en el siglo XIX, puesto que en 1840 Estados Unidos era el principal cliente comercial

de Cuba. En las décadas de 1840 y 1850 los hacendados cubanos que esperaban poder escapar de España pensaron que podían hacerlo en la forma más provechosa y más segura, incorporándose a la Unión Norteamericana, la cual, después de todo, había anexado recientemente otras colonias de España, tales como Nueva México, Florida, California y Luisiana. Los políticos sureños de Estados Unidos acariciaban la idea de la anexión de Cuba, quizás por medio de la compra, como un arbitrio para aumentar el número y el poder conjunto de los estados esclavistas. Por consiguiente, el problema de Cuba fue importante no sólo en las elecciones presidenciales estadounidenses de 1860 sino que también en las de 1848, 1856, 1860 y 1900. Los dueños de plantaciones norteamericanas también se hallaban muy bien establecidos como propietarios de algunos de los ingenios azucareros más grandes de Cuba, en particular de los más modernos, mucho antes de la segunda y exitosa guerra cubana de la Independencia que comenzó en 1895. Y luego fue la intervención de Estados Unidos en esa guerra la que finalmente llevó a la derrota española. Qué hubiese sucedido de no intervenir Estados Unidos resulta difícil de adivinar. En ese momento los patriotas cubanos se hallaban desmoralizados y habían sido arrinconados en un extremo de la isla. Mi sospecha es que los españoles habrían ganado y, por lo menos durante un tiempo, hubiesen intentado controlar el gobierno autónomo que no hay que olvidar, ya existía en 1898 en La Habana. Francamente, resulta difícil creer que de haberse adoptado una solución autónoma semejante, las cosas hubiesen sido muy diferentes de lo ocurrido, por el mismo hecho del papel dominante que ya desempeñaba Estados Unidos en la economía cubana. (Una victoria española hubiese sido una cosa totalmente diferente desde el punto de vista de España, pero eso es harina de otro costal).

Puesto que me he aventurado a hablar de estos lejanos acontecimientos (aunque, naturalmente, transcurrieron durante la infancia de muchas personas que aún viven) es necesario que aclare dos cosas: 1), que los negocios e inversiones de Estados Unidos de ninguna manera fueron los que motivaron la intervención de Estados Unidos en la guerra hispano-cubana. En verdad, los hombres de negocios norteamericanos que tenían intereses cubanos preferían una Cuba bajo España que una Cuba independiente, y 2) No hay que examinar estos acontecimientos desde el punto de vista de la que sucedió en la década de 1960. En el siglo XIX hubo considerable idealismo en la actitud de Estados Unidos tanto hacia Cuba, como hacia el resto de la América hispana. El sentido de comunión hemisférica efectivamente existía,



aun cuando hombres perspicaces como José Martí ya comenzaban a sospechar lo que habría de suceder siempre y cuando la economía estadounidense ya dominante comenzase a llevar su potencial político a la práctica.

En el curso del siglo xx, Cuba fue durante casi 30 años después de su independencia nominal una virtual colonia política de Estados Unidos. Esta se llevó a efecto mediante la famosa enmienda de Platt, que efectivamente obligaba a Estados Unidos a intervenir en Cuba, si se producía allí un trastorno del orden público, como en verdad los hubo en 1906 y en 1917, y parecía probable que lo hubiera en 1912. La consecuencia fue una limitación de la soberanía cubana, haciendo que fuera fácil para los políticos de oposición tratar de inducir a Estados Unidos a la intervención, y que el ministro o embajador de Estados Unidos se convirtiera en la fuerza determinante de la política cubana, estuviese éste actuando o no bajo los términos de la enmienda Platt. Franklin Roosevelt abolió esta cláusula imprudente en 1934 y, desde entonces, hasta 1959, se produjo una disminución de la influencia política estadounidense en Cuba, aun cuando persistió la influencia económica y social.

Durante el primer cuarto de este siglo, gracias a la apertura de Cuba oriental por medio del ferrocarril y gracias también a las inmensas oportunidades para las compras de azúcar que trajo consigo la primera guerra mundial, las inversiones estadounidenses en el azúcar cubana se multiplicaron, tanto así que bastante más del 60% de ésta era comercializada por compañías de propiedad estadounidense. Naturalmente, muchos cubanos también invertían en estas compañías, pero fundamentalmente, la política azucarera cubana era dirigida en esos años desde Wall Street. Después de la crisis de 1929 y de la revolución de 1933, el capital estadounidense, particularmente el tipo de capital de riesgo que había sido invertido anteriormente en la isla, consideró a Cuba demasiado limitada y restringida. Las leyes laborales introducidas por Batista y los comunistas entre 1938 y 1944 fueron en verdad de gran alcance y se solía decir a fines de la década de 1940 que en Cuba era mucho más fácil desembarazarse de una esposa que de un trabajador. El resultado fue que, hacia 1959, menos del 35% del azúcar cubana estaba en manos de inversionistas cubanos, en particular de Julio Lobo, el último de los reyes del azúcar cubana, y del propio Batista. Esto no quería decir, naturalmente, que las inversiones norteamericanas careciesen de importancia, puesto que en 1959 había alrededor de mil millones de dólares invertidos en Cuba, gran parte de ellos en los servicios públicos (teléfonos, electricidad) y en el

turismo, y, de particular importancia desde el punto de vista cultural, en las entretenciones y en las relaciones públicas. Porque pienso que, mientras los intereses políticos y económicos estadounidenses ciertamente disminuyeron entre 1933 y 1959, en los medios culturales (con esto quiero decir todo el sistema de las comunicaciones por radio y televisión, venta de diarios y revistas), también ciertamente aumentaron, contribuyendo aún más a corromper los gustos de la clase media cubana, enajenándola aún más del pueblo, e indudablemente contribuyendo al crecimiento de un nacionalismo cubano disidente. Esto llegó a sentirse con particular intensidad en la década de 1950 cuando, con la aprobación de Batista, una banda completa de ladrones compuesta por especuladores, tahúres e incluso gangsters se dejó caer en la ciudad de La Habana y transformaron sectores enteros de ella en un paraíso de la sensualidad, en beneficio propio y de la policía de Batista. La Habana siempre había sido una ciudad muy "libre", pero lo que sucedió en la década de 1950 fue un fenómeno extraordinario que contribuye a explicar el puritanismo de la revolución de Castro, y ayuda a explicar también cómo es que los cubanos han aceptado un régimen tan moralista como éste.

En lo que respecta a la política norteamericana hacia Cuba durante la década de 1950, hay varias cosas que decir. Es importante apreciar que existieron matices y divisiones puesto que mientras los embajadores eran amigos de Batista, el personal de la embajada, incluyendo, durante un tiempo, el representante de la CIA en La Habana, se mostraban bien dispuestos hacia Castro. El Departamento de Estado en aquellos años era más bien hostil hacia Batista. También lo era la opinión pública liberal<sup>1</sup> norteamericana que, en ese tiempo contaba bastante. Y, en verdad, la prohibición norteamericana respecto a la venta de armas a Batista, punto sobre el cual insistió el Departamento de Estado a comienzos de 1958, fue un motivo fundamental de la derrota, o más bien de la huida de Batista a fines de ese año: no tanto desde el punto de vista de una debilidad material experimentada por el ejército de Batista, sino que desde un punto de vista psicológico. También es cierto que estas mismas fuerzas liberales de Estados Unidos estaban muy ansiosas de mantener buenas relaciones con Castro, pero, para esa época, 1959-1960, indudablemente era demasiado tarde: el nacionalismo cubano se definió en términos de la hostilidad hacia Estados Unidos, al igual que el nacio-

<sup>1</sup>Se refiere a la posición de centro-izquierda aproximadamente, dentro del espectro político estadounidense.

nalismo egipcio se expresó en términos de la hostilidad hacia Gran Bretaña y resulta dudoso a esas alturas que algo hubiese podido salvar la situación. Para esa época, la colonia de exiliados cubanos constituía un importante grupo de presión, tanto en Florida, como en Washington, y en Nueva York, como lo había sido en la década de 1890, en la década de 1930 y en la de 1950. Florida ya se había convertido nuevamente en lo que había sido bajo la administración española del siglo XVIII; la jurisdicción de La Habana Ultramar.

\*

Es necesario mencionar dos factores más: primero, el papel especial del azúcar en el desarrollo de la economía cubana y, en parte como consecuencia de éste, y de algunos de los otros aspectos que he mencionado anteriormente en este trabajo, las características especiales de la sociedad cubana, tan diferentes a las del resto de América Latina.

La industria azucarera cubana es, naturalmente, una de las grandes industrias del mundo y, desde un cierto punto de vista, una de las más exitosas historias de desarrollo industrial del mundo. No se me ocurre, por ejemplo, ninguna otra industria individual moderna que haya mantenido su preeminencia en el mercado mundial durante un tiempo tan prolongado, que va desde fines de la década de 1820 hasta el día de hoy. Mucho más prolongado que en el caso del algodón estadounidense o el acero inglés. Durante todo este tiempo, con la breve excepción de los años de la guerra de la independencia cubana, 1896-1898, y de un par de años más adelante, Cuba ha sido con mucho el mayor país exportador de azúcar del mundo. Durante gran parte de este tiempo, además, Cuba fue el más grande productor de azúcar, excepto entre 1880 y 1914 cuando el desarrollo de la remolacha azucarera de hecho colocó a Alemania en la delantera y también recientemente en la década de 1960 cuando la Unión Soviética pasó a ocupar el primer lugar, nuevamente, por supuesto, gracias a la remolacha. Sólo a fines de la década de 1960 se presentó un desafío a Cuba de parte de un productor de azúcar de caña, y éste fue Brasil.

Esta posición dominante del azúcar ha sido muy criticada, ya que claramente significa que Cuba depende más que la mayoría de los países de los caprichos del mercado mundial del azúcar, que en sí mismo no responde a los dictados de la razón. Por ejemplo, todos los países de Europa Occidental tienen temor de que en caso de guerra puedan quedar aislados de las fuentes de abastecimiento de ultramar, y por consiguiente incluso en la era nuclear (que hace ridículo este

tipo de argumento) recurren a toda clase de medidas para subvencionar industrias sumamente caras para la producción de azúcar de remolacha. (El azúcar de remolacha, que primero fuera desarrollada por Napoleón para derrotar el bloqueo británico, es mucho más cara que el azúcar de caña y creo que puede decirse que si los países avanzados realmente desearan ayudar a los subdesarrollados —y esto rige para la URSS, Estados Unidos, Gran Bretaña y los países del Mercado Común, para todos ellos— abandonarían la producción de remolacha y comprarían su azúcar a los países que no pueden producir otra cosa).

Luego, una de las características de la industria azucarera es que prospera en tiempos de guerra y declina en tiempos de paz. De ahí el inmenso auge económico de Cuba en los años inmediatos a la Primera Guerra Mundial y en menor grado en la época de la Segunda Guerra Mundial —días que todavía conmemora La Habana con una arquitectura que fuera lujosa aunque actualmente está en decadencia. También es clarísimo que una depresión económica mundial golpea a los países productores de azúcar muy duramente y la gran crisis de 1929 quizás dañó a Cuba más que a ningún otro país. La miseria, el desempleo y la paralización del comercio fueron inmensos: el precio del azúcar cayó a menos de un centavo la fibra y a ese precio a ningún dueño de plantación de azúcar le valía la pena hacer la zafra. Durante toda la historia de la república, como de hecho sucede hoy en día, el azúcar ha representado más del 80% de las exportaciones.

Una de las consecuencias de esta monocultura es que muchos piensan que sería mejor tratar de diversificar la agricultura cubana. Fernando Ortiz, en su famoso libro *Contrapunto Cubano*, señaló el gran contraste entre la industria del azúcar y la industria del tabaco; cómo, por ejemplo, la primera había sido un producto de la esclavitud y la segunda había contribuido al desarrollo del pequeño agricultor, y así sucesivamente. Casi todos los historiadores cubanos han atacado a la industria azucarera y Portell Vila, uno de los más distinguidos, en su historia sobre las relaciones entre Cuba y Estados Unidos culpaba al tratado de reciprocidad de 1904 por lo que él describe como la desastrosa recuperación de la industria azucarera cubana después de su ruina durante las guerras de la independencia. La consecuencia inevitable fue que, durante los primeros años de la revolución cubana, se realizó una seria tentativa de escapar a la “esclavitud del azúcar”, en parte mediante el desarrollo planificado de otras industrias y productos agrícolas, en parte por puro descuido. En algunas de las tierras tomadas por el INRA, el Instituto Nacional de Reforma Agraria, por

ejemplo, simplemente no se plantó caña en 1960 y 1961; la consecuencia fue, naturalmente, una baja de la producción en 1963, exacerbada por la sequía y por el éxodo de muchos técnicos de la clase media.

Sin embargo, a la larga, es necesario enfrentar la realidad y apreciar que Cuba es, básicamente hablando, un país maravilloso para el cultivo del azúcar, con un suelo más fértil aún que el resto del Caribe para este producto. El que los cubanos se quejen del predominio del azúcar en cierto modo es comparable a las quejas de los ingleses acerca de la suciedad de nuestras ciudades industriales. Son estas cosas, después de todo, que nos han hecho lo que somos. La industria trajo inmensa riqueza a la isla durante todo el siglo XIX y continuó haciéndolo por lo menos hasta 1925. Cuba fue así la primera colonia del mundo que hizo experimentos con una máquina a vapor (para hacer andar un ingenio azucarero) en 1795; y fue el primer país español que tuvo tantos buques a vapor (1819) como ferrocarriles (1835), ambos antes que España. Otras innovaciones técnicas en el siglo pasado llegaron temprano a Cuba y ha sido sólo recientemente, en la pasada generación, que esta preeminencia ha causado un rompimiento definitivo respecto de las nuevas innovaciones. Así en el siglo XIX todo el aspecto industrial del proceso azucarero fue mecanizado, pero el aspecto agrícola; el corte y la preparación de la caña misma no fue mecanizado antes de la revolución. Esto, en parte, se debió a la oposición laboral, porque en los años anteriores a la revolución, las organizaciones laborales cubanas estaban entre las más rígidas (al mismo tiempo que las más corrompidas) del mundo. Un factor fundamental, naturalmente, fue, como todo proceso de mecanización, el temor a perder el trabajo y el recuerdo de la miseria del desempleo durante la crisis. De todas maneras, el poder laboral en Cuba fue tal que cuando Julio Lobo trató de introducir una máquina cortadora de caña como experimento en 1952 se vio obligado a guardarla durante tres años en las barracas de la aduana de La Habana y luego tuvo que embarcarla de vuelta a Louisiana.

Aquí la revolución ciertamente ha realizado avances interesantes con el desarrollo de una máquina cortadora y trituradora de caña, la así llamada "Henderson", en recuerdo del ingeniero cubano-norteamericano que anteriormente fue el administrador del famoso ingenio Preston de la *United Fruit Company*. Esta fue introducida por primera vez en la cosecha de 1968 y podría desempeñar un papel decisivo en el futuro. La cuestión es que la Revolución, desde 1964 en adelante, ha vuelto a poner gran énfasis en la industria azucarera. Esto, en

parte, porque la fuga de tantos técnicos significó que la diversificación se hizo tanto más difícil. También significó que la industrialización y la diversificación, tal como fueron soñadas en los primeros años, han tenido que ser postergadas, quizás indefinidamente, tengo la sospecha, en parte, por razones políticas. También es posible que la Unión Soviética, que se vio haciendo grandes inversiones improductivas en Cuba, creyó que era más seguro orientar su apoyo hacia una industria que, por lo menos, ha sido probada y que ha resultado de gran éxito en el pasado. También es posible que, al paso que la agricultura diversificada, tal como la producción de frutas y verduras, o incluso la cría de ganado, está más a tono con la agricultura privada, la producción del azúcar —que se está transformando actualmente en un proceso industrializado desde el cañaveral para adelante— puede ser más fácil bajo un control estatal centralizado.

El gobierno cubano ha sido muy criticado, tanto por algunos de sus amigos, como también por sus enemigos, por este nuevo énfasis en el azúcar, pero quizás es demasiado pronto para emitir juicios: ciertamente, ha habido tremendas nuevas inversiones en los ingenios y en maquinarias azucareras, mientras que simultáneamente el mercado azucarero mundial está aún tan controlado por el sistema de cuotas que el margen para las exportaciones no ha crecido gran cosa. Esto es particularmente cierto en la actualidad, puesto que muchos países se han embarcado en la producción y en la exportación del azúcar. Pero todavía deben existir inmensas áreas del mundo que están muy retrasadas con respecto de los países avanzados en cuanto a su consumo de azúcar, y, dadas las condiciones comerciales que lo permitan, en el futuro puede perfectamente concebirse que Cuba exporte cantidades considerables, por ejemplo, al Asia.

Quisiera mencionar otros tres factores con respecto a la producción del azúcar; primero, que la estructura de esta industria de hoy, aproximadamente 150-170 ingenios azucareros alimentados por una cantidad de pequeños productores (que en Cuba se conocen como colonos) así como por la caña cultivada en la plantación del ingenio, fue creada a fines del siglo XIX. Desde entonces, no se han producido cambios fundamentales. Este pequeño número de ingenios del azúcar, a menudo altamente capitalizados, fue la consecuencia de un aspecto particular de la revolución industrial, vale decir, el proceso Bessemer que produjo el acero barato y, por lo tanto, el riel de acero para los ferrocarriles en el curso de la década de 1870. De esta manera llegó a ser económico para los dueños de los ingenios del azúcar construir ferrocarriles privados para llevar la caña desde los campos a la central

azucarera y, por lo tanto, naturalmente, contar con superficies mucho más extensas desde las cuales podía llevarse la caña que en los años anteriores. La caña se pudre a menos que se la muele dentro de las cuarenta y ocho horas de ser cortada, de modo que, en el siglo XVIII el tamaño de los ingenios de azúcar sólo podía ser tal que el extremo más lejano estuviese a un día de camino de la central azucarera. La consecuencia del proceso Bessemer fue la eliminación de una gran cantidad de agricultores pequeños y la creación de la moderna central, como se llama actualmente al ingenio. (Este no es totalmente el caso de una innovación técnica que por sí misma resulta ser socialmente destructiva, puesto que la industria azucarera cubana en la década de 1880 estaba sometida a graves presiones a causa de los campos remolacheros subvencionados de Europa, que estaban rebajando los precios mundiales en forma muy considerable).

El segundo punto que deseo plantear fue que la industria azucarera había dejado de crecer hacia 1925. Entonces fue cuando se construyó la última central azucarera, y en ese año, se produjeron 5 millones de toneladas de azúcar. En la década de 1960, no siempre se alcanzó esa cifra de los 5 millones. Ciertamente, rara vez fue sobrepasada en la década de 1960. La consecuencia de esta estagnación de la industria más importante del país fue una estagnación de toda la economía. Así, aunque comparados con los niveles latinoamericanos, un gran número de niños cubanos asistían a la escuela secundaria en la década de 1950, éstos representaban un porcentaje considerablemente más pequeño que los que lo hacían a fines de la década de 1920. El analfabetismo se hallaba al mismo nivel en 1953 que en 1943. Indudablemente aquí se halla una de las causas de la Revolución de Fidel Castro.

El tercer punto respecto a esta dependencia fue que al paso que los factores que determinaban el precio del azúcar se hallaban fuera del control cubano, la psicología de jugadores de los cubanos se puso de relieve: ningún esfuerzo que pudiera realizar ninguna persona podía producir una cantidad de dinero semejante al que se producía con el alza de un centésimo de centavo en el precio mundial del azúcar. No creo (aunque puedo estar equivocado, y de ser así desearía que alguien me corrigiese) que esta especial dependencia en el mercado mundial pueda encontrarse en otro lugar del mundo subdesarrollado, si es que en realidad Cuba puede llamarse un país subdesarrollado, afirmación evidentemente discutible.

Respecto de la sociedad cubana, quisiera anotar que es mi impresión que el mayor cambio social producido en Cuba antes de 1959,

se produjo como consecuencia de los acontecimientos ocurridos en la industria azucarera en la década de 1880, a que he hecho mención. El surgimiento de la central altamente capitalizada (a menudo de propiedad estadounidense con anterioridad a 1898) arruinó a la vieja aristocracia criolla (sacroacia la ha llamado el historiador Manuel Moreno Fraginals). Los miembros de ésta declinaron en importancia, o se volvieron a España o pasaron a formar parte de la burguesía urbana. Este proceso se completó en la guerra de la independencia. La consecuencia fue que en Cuba en ningún momento del siglo xx hubo lo que espero que todavía se pueda llamar una aristocracia basada en la tierra. En el resto de América Latina, es mi impresión, subsistió una aristocracia, para bien o para mal, durante un tiempo mucho más largo.

En segundo lugar, la presencia político-económico-social estadounidense, en combinación con la supervivencia hispana que he mencionado, impidieron que nada especialmente criollo se desarrollara bajo la República. Naturalmente, existía una burguesía cubana, pero Estados Unidos —y eso quiere decir tanto Nueva York como Florida— se hallaban fatalmente cercanos. La misma prosperidad de Cuba acentuó este proceso; la moneda era muy fuerte y el dólar estadounidense estaba a la par con el peso cubano, y ambos circulaban libremente en el país (hasta 1914, de hecho sólo existía el dólar). Los cubanos ricos tenían gran facilidad para exportar su dinero y generalmente lo hacían para comprar propiedades en Florida. La llegada de José Manuel Alemán, Ministro de Educación del Presidente Grau San Martín (miembro de un así llamado Partido Revolucionario) al aeropuerto de Miami en 1948 con una maleta con 20 millones de dólares en billetes, es un símbolo trágicamente apropiado de la burguesía cubana de esa época.

Simultáneamente con el crecimiento de esta burguesía bastante poco nacional, cada año iba en aumento el número de proletarios abandonados. Una de las consecuencias importantes de la modernización es que se les hace más fácil a las personas de clase media, gracias al automóvil, al teléfono, al aire acondicionado, sencillamente ignorar cómo viven la mayoría de sus contemporáneos, incluso en sus propias ciudades. Esto ciertamente era así en La Habana, donde los signos visibles de los contrastes entre ricos y pobres probablemente eran más grandes que en ninguna otra parte del mundo a fines de la década de 1950.

\*



La historia contemporánea de Cuba se distingue —entre otras cosas— porque la isla ha experimentado la transformación social y económica más fundamental ocurrida hasta aquí en las Américas. La Revolución Cubana ha cambiado la actitud del resto del mundo hacia América Latina, y en cierto modo, ha transformado a América Latina.

Desde un comienzo, aparecía como especialmente sorprendente que esto hubiera sucedido en Cuba, una isla tan próxima a América del Norte, tan americanizada y, cabe agregar, con un pueblo tan libre y tan sensual.

Hay, naturalmente, comentarios interminables respecto a lo que ha sucedido en Cuba, qué sucederá, qué beneficios o penurias ha traído la Revolución, por esta persona o aquella. En verdad, no quiero contribuir a aumentar estos comentarios. Muchos determinan sus propias actitudes hacia la Revolución cubana no tanto por lo que en realidad ha sucedido en Cuba, como por motivos personales y subjetivos, o porque desearían que algo semejante ocurriese en sus propios países. Algunas personas han admirado a la Cuba revolucionaria no tanto por sus logros reales como por el valor indudable con que Fidel Castro, en contra, al parecer, de toda probabilidad, se ha enfrentado durante tanto tiempo al país más poderoso del mundo. Sin embargo, preferiría dedicar más atención a las causas de la Revolución cubana, a las razones del éxito del movimiento revolucionario contra Batista, y en verdad, al rápido derrumbamiento de la antigua Cuba, más bien que a los acontecimientos ocurridos durante los últimos diez años.

Ahora bien, algunas de las causas de la Revolución cubana han sido mencionadas más arriba. Hemos visto cómo el importante elemento negro en la vida cubana, en cierto modo, estuvo alienado de la política cubana; hemos visto cómo una combinación de la influencia estadounidense y española ejerció una influencia determinante; cómo el azúcar dominó la economía y cómo la estructura de clases de la isla era más bien débil. De hecho, creo que se puede aún ir más lejos y señalar, como lo he hecho en un libro que recientemente he publicado, que el marco institucional de la vieja Cuba era sorprendentemente débil para un país tan avanzado<sup>2</sup>. Ya hemos mencionado la debilidad de la iglesia católica cubana, en realidad mero departamento de la iglesia española con anterioridad a 1959 y, más aún, débil, sin nada de la fuerza en la comunidad que ha caracterizado,

<sup>2</sup>Hugh Thomas, *Cuba, or the Pursuit of Freedom*, Londres, 1971; ver también, Hugh Thomas, *The Origins of the Cuban Revolution*, *The World Today*, octubre, 1963.

por ejemplo, a la iglesia en México. Creo que también se puede agregar que el ejército cubano, fundado en una fecha tan tardía como 1909, siempre se halló políticamente dividido internamente, por enemistades y lealtades personales. Sumamente ineficiente, se le había asestado un golpe tremendo para su moral y *esprit* con la famosa revolución de los sargentos en 1933, en la cual Batista y su grupo de suboficiales venció a un ejército oligárquico bastante incompetente. (Una de las dificultades en esa etapa fue que la idea de un ejército regular no era muy popular. Sabía demasiado a España, y, después de todo, un ejército rebelde armado principalmente de machetes había, sólo recientemente, según parecía, vencido a ese ejército regular). También puede señalarse que los sindicatos, aunque bien organizados estaban corrompidos, se identificaban demasiado íntimamente con los intereses del Estado y eran exclusivistas. Todo estaba muy bien si se tenía un buen trabajo en la vieja Cuba, pero no estaba todo tan bien si uno no tenía un empleo o estaba empleado en una de las muchas empresas marginales que abundaban en La Habana. Los sindicatos en Cuba ciertamente eran un buen ejemplo de lo que Franz Fanon describió como "el proletariado consentido". Finalmente, también cabe observar que la Administración Pública estaba íntimamente implicada en la corrupción de la era democrática y militar y no podría frustrar, por medio de la oposición silenciosa de una máquina burocrática abrumadora, los deseos de un nuevo gobierno, por muy inexperto que éste fuese.

Un aspecto que debe observarse, incluso aquí al pasar, es que el gobierno revolucionario se hizo cargo de una economía en funcionamiento, pero de una estructura política y burocrática que estaba fatalmente comprometida con el sistema corrompido y cada vez más brutal de Batista.

Quisiera, sin embargo, echar un vistazo al desarrollo de la historia política de la Cuba prerrevolucionaria para luego volver atrás y considerar algunos de los puntos importantes que se presentan.

La independencia llevó al poder en 1902 a un grupo de hombres que se habían distinguido en las guerras de la independencia: a los generales, Estrada Palma, José Miguel Gómez, Mario García Menocal, Gerardo Machado y a don Alfredo Zayas. Todos llegaron a su turno a la presidencia. Todos ellos, como ustedes podrán imaginarse, se identificaron con partidos políticos, y el partido de José Miguel Gómez y de Machado, era el Partido Liberal, fue en ciertos aspectos un movimiento auténticamente popular, con un fuerte apoyo populista. Estos presidentes, sin embargo, se hicieron famosos por su corrup-

ción, aunque, en el caso de Gómez, conocido como el "Tiburón", un simpático y típico político "tropical" (1909-1913), esto se justificaba con el dicho: "Tiburón se baña, pero salpica". Menos aceptable resultaba la corrupción política que con frecuencia llevaba a que el número de votos emitidos fuera mayor que el número de electores (Batista convirtió este fraude electoral en un arte consumado en 1958 al hacer imprimir una serie completa de actas electorales falsas para todo el país).

En todo caso, este primer sistema político instaurado en 1902 se vino abajo con la gran crisis. Machado, presidente fuerte y ambicioso, se hizo la ilusión que era el Mussolini del Caribe y prolongó ilegalmente su período de ejercicio, se defendió contra las inevitables protestas por medio de un ejército y una policía brutal, hecho que, hay que tomar en cuenta, resultó totalmente inesperado, puesto que esto no ocurría desde los tiempos de los españoles. Finalmente, fue derrocado en la revolución de 1933, la cual, en medio de la más terrible crisis económica, fue a la vez una revuelta estudiantil, una huelga general, una revuelta militar y un acto de intervención de Estados Unidos en la persona del enviado especial del Presidente Roosevelt, Mr. Summer Welles.

La revolución de 1933 ejerció una poderosa influencia sobre los acontecimientos que llevaron a la revolución de Fidel Castro una generación más tarde, puesto que se pareció tanto a una revolución frustrada. Se produjeron, en verdad, una serie desenfrenada de acontecimientos. En primer lugar, M. Welles dio su bendición a un gobierno liberal apoyado por el antiguo ejército. Este fue derrocado después de sólo un mes por la "Revolución de los Sargentos", y durante un tiempo, Batista compartió el poder con el así llamado "Gobierno Estudiantil", encabezado por el profesor Grau San Martín. Este último, un hombre nuevo, representaba en ese momento las esperanzas de toda una generación de jóvenes cubanos bien intencionados, nacionalistas, socialmente responsables y hastiados de la política cubana de los tiempos pasados. El gobierno de Estados Unidos nunca reconoció a Grau y, después de seis meses de gobierno experimental, fue derrocado por Batista, en ese entonces jefe del Estado Mayor, aunque aún no cumplía los 35 años. Batista intentó por un tiempo gobernar detrás de un frente compuesto por algunos de los pocos políticos de más edad que no habían sido contaminados por sus vinculaciones con Machado. Mientras hacía eso, aplastó la revolución interna que se estaba llevando a efecto en los campos desde la caída de Machado; la ocupación de los ingenios por parte de los

trabajadores, por ejemplo, y los numerosos soviets locales, como se los describía, que habían sido instaurados por el Partido Comunista en diversos lugares de Cuba. Porque, en realidad, para esta época, la dirección anarquista, que en un comienzo había encabezado la organización laboral, por pequeña que fuese que existía en Cuba, había cedido su puesto al Partido Comunista, que había sido fundado en 1925 y el cual, en parte, bajo la dirección de intelectuales jóvenes tales como Juan Antonio Mella y Rubén Martínez Villena, había jugado un papel considerable en la lucha contra Machado.

El primer período de Batista en el poder no fue enteramente, sin embargo, una contrarrevolución. Esto puede apreciarse más vívidamente por el hecho que, desde 1938 a 1944, Batista contó con el apoyo cercano del Partido Comunista, al cual le concedió el derecho de reorganizar los sindicatos, y con el cual incluso se asoció en el gobierno, cuando, después de 1940, decidió ir de la posesión del poder entre bastidores a la realidad del poder, haciéndose elegir presidente. Además, durante este período en que Batista estuvo por primera vez en la presidencia, se llevó adelante una nueva y esclarecida Constitución —la de 1940— se dejó de lado la Enmienda de Platt, se llegó a un nuevo acuerdo azucarero con Estados Unidos, y se aprobó un inmenso número de leyes laborales que, en especial, beneficiaron al colono azucarero. Es cierto que Batista llegó a acumular una gran cantidad de dinero, pero mucho menos que en su segundo período en el poder en la década de 1950. Esta época, coincidió, naturalmente, con el momento de calma general en las relaciones entre el comunismo y el resto del mundo como consecuencia de la guerra mundial y de la “política del buen vecino” de Franklin Roosevelt, la cual, si es que no hizo otra cosa, ciertamente puso fin a la intervención militar directa por parte de Estados Unidos en los asuntos del hemisferio hasta por lo menos la década de 1950. Es probable que, de hecho, el primer período de Batista en el poder no sea considerado en retrospectiva como un motivo para vilipendiar a los comunistas (en particular al señor Carlos Rafael Rodríguez, el sobresaliente economista del gobierno revolucionario de Castro, que fue miembro del gabinete de Batista), sino que como una época en que se le dio a la economía cubana un impulso considerable hacia el socialismo, o, más bien, para alejarla de la empresa privada y orientarla hacia el “estatismo”.

En 1944, Batista se retiró y su candidato, a pesar del apoyo comunista, fue derrocado por el Partido Revolucionario Auténtico, encabezado por Grau San Martín. Los auténticos incluían a la mayor parte de los que, como estudiantes, se habían destacado diez años

antes en la lucha contra Machado. También era apoyado por varios otros grupos políticos, que también habían tenido una actuación en la lucha contra Machado, y, en verdad, a pesar de que estaban sumamente divididos, y ya corrompidos, se consideraban como insurreccionales y revolucionarios. Otros los describían como gansters.

Los ocho años siguientes de gobierno democrático de los auténticos, primero bajo Grau y luego bajo Carlos Prío Socarraz, constituyeron una experiencia sumamente desafortunada y para cualquier demócrata resulta ingrato pensar en ellos. Porque, en muchas formas, se puede decir que Grau fue el autor de la desilusión que muchos cubanos de espíritu público sintieron en relación con la democracia. Desgraciadamente, coincidió con otra época de prosperidad, como siempre sucede en Cuba al final de una gran guerra y en el periodo inmediato a ésta. Me temo que Grau y sus ministros simplemente permitieron que sus apetitos dictaran su conducta. Se llenaron los bolsillos con enormes sumas de dinero. También lo hicieron así Prío Socarraz y sus famosos hermanos, cuando les llegó el turno de gobernar: no puedo entrar aquí a analizar el asunto de los orígenes de la corrupción en Cuba, pero deben aceptarse que han habido pocos casos peores de robo público que en esos tiempos democráticos. Prío Socarraz más tarde hizo un intento de acusar a Grau de corrupción, a pesar de su vieja amistad con él, pero, cuando el caso llegó a los tribunales (se decía que Grau había robado algo así como 170 millones de dólares de los fondos de retiro de los trabajadores del azúcar), bandidos desconocidos penetraron a los tribunales y se robaron los documentos ante la vista del juez.

No sólo esta última esperanza del liberalismo, como resultó ser al fin de cuentas, fue destruida por la corrupción, sino que también se produjo una destructiva ola de gangsterismo político en la Universidad, en los niveles inferiores de la política en general y en la policía. Por lo menos doce grupos armados luchaban casi a diario en La Habana; las elecciones en la Universidad se decidían a tiros o por medio de raptos, y hubo una oportunidad famosa, en 1947, en que dos jefes de policía de La Habana y Maranao, ambos líderes de grupos gangsteriles, libraron una batalla campal con casi una docena de muertos.

Era natural en estas circunstancias que se produjera una protesta, y ésta fue encabezada principalmente por un grupo disidente que se había separado de los auténticos, y que dirigido por Eduardo Chibás había adoptado el nombre de Movimiento Ortodoxo. A este grupo pertenecía el joven Fidel Castro y algunos otros que ahora, como

resultado de los acontecimientos posteriores, ocupan un lugar importante dentro del gobierno revolucionario. El Partido Comunista también estaba en la oposición, después de haber sido separado del control de los sindicatos por Prío Socarraz.

El movimiento ortodoxo es interesante, ya que contribuyó a preparar el camino para el castrismo. Su debilidad consistió en que en realidad sólo era un movimiento de protesta en contra de la corrupción y el gangsterismo, que agrupaba a una gran cantidad de personas de diversas tendencias. Su fortaleza consistió en que su líder Eduardo Chibás era un orador sobresaliente capaz de utilizar, sobre todo, la radio (la televisión aún no se conocía) y, ciertamente, tuvo una influencia personal sobre Fidel Castro. No obstante, Chibás se suicidó, y los acontecimientos fueron de mal en peor. Batista en ese entonces efectuó el segundo *coup d'état* de su vida, a la cabeza de un grupo de oficiales jóvenes, precisamente antes de una elección presidencial en que él mismo era uno de los candidatos, pero en la cual era probable que fuera derrotado por los ortodoxos.

El segundo gobierno de Batista duró casi siete años. En esta época, Batista, al igual que en el pasado, anhelaba la aprobación popular, no se mostró en absoluto socialmente responsable. Se hizo de una gran cantidad de dinero, pero también fue muy flojo; su asistente de prensa nos ha contado que en innumerables oportunidades cuando se decía que el presidente se había levantado de madrugada para conferenciar con sus oficiales, en verdad había estado jugando canasta hasta el alba. Se ubicó junto al sector de las fuerzas armadas que, como suboficiales, le habían ayudado en 1933; su régimen, por lo tanto, aunque militar, sólo podía contar con la ayuda de una parte del cuerpo de oficiales, y aún así, la menos competente. Su excesiva dependencia y confianza en una familia de oficiales de apellido Tabernilla era considerada como una afrenta por los oficiales que habían participado en el *coup d'état* en 1952, entre los cuales habían varios que habían creído actuar en bien de la nación contra la corrupción de Prío, ¿Entonces, cómo fue posible que Batista durara tanto en el poder? Esto extraña aún más cuando recordamos que abandonó el poder a fines de 1958 mucho antes de haber sufrido una derrota militar decisiva, sorprendiendo a todos, incluso a Fidel Castro.

La explicación es que, en primer lugar, la oposición (tanto el movimiento auténtico como el ortodoxo) se vio paralizada por el *coup d'état*; se pelearon unos contra otros. Incidentalmente, Prío ya se había entregado sin oponer resistencia alguna. En segundo lugar, la organización gremialista, que para ese entonces era controlada princi-

palmente por el Partido Auténtico, encabezada por el famoso Secretario General Mujal, llevó a efecto lo que de hecho era una alianza con Batista, y esta situación se mantuvo así hasta 1958 cuando Mujal y los demás líderes gremialistas siguieron a Batista en el exilio. Luego, en tercer lugar, la década de 1950 fue una época de considerable desarrollo económico, con cierta diversificación, expresada no sólo en la progresiva "floridización" de La Habana, sino que en la producción de arroz y hortalizas de invierno destinadas al mercado de Estados Unidos. Creo que se puede decir, sin embargo, que Batista tuvo un éxito considerable en aplastar o, para decirlo en forma más precisa, en absorber, a los gangsters políticos. Así, Rolando Masferrer, el líder del "grupo de acción" más famoso de la década de 1940 (y además ex comunista, ex voluntario de la guerra civil española) y en cierta manera un hombre de gran talento desperdiciado, llegó a ser un senador de Batista, apoyado por un famoso ejército privado, los "tigres" de Santiago de Cuba. Finalmente la impopularidad de Batista al comienzo estuvo limitada a grupos intelectuales y de clase media; es comprensible que para la clase trabajadora cubana creyera, siquiera por un tiempo, que un Batista, aun cuando militar, era en cierto modo mejor que un Grau San Martín.

Las consecuencias del régimen de Batista son bastantes conocidas; para resumir la principal: Fidel Castro encabezó una revuelta de un pequeño grupo de jóvenes que querían actuar inmediatamente en lugar de quedarse a la espera de una coyuntura política favorable. Su primer ataque lo realizó contra el cuartel Moncada en Santiago de Cuba, el segundo (después de su juicio, prisión y amnistía) en la Sierra Maestra. Para esta época también había varios otros grupos militares, entre ellos los estudiantes demócratacristianos y algunos otros miembros de la ortodoxia con bases en las ciudades. La "resistencia cívica" fue importante porque concretó la oposición de los cubanos de la clase media a las atrocidades del régimen, y, en verdad, en obligar que éste se embarcara en mayores atrocidades. Porque, al ser presionados, la policía y el ejército de Batista, tanto en la ciudad como en el campo, se volvieron a lanzar en actos de violencia y tortura que habían ocurrido en algunas ocasiones bajo Machado, pero que todos creían que nunca volverían a producirse. Mientras tanto, Fidel Castro se mantenía en las sierras y, con la gradual desintegración de todos los otros movimientos de oposición, logró establecer un amplio liderazgo que abarcaba alrededor de diez grupos políticos diferentes.

Desde el comienzo de 1958 los comunistas comenzaron a colaborar

también con él, habiendo anteriormente albergado muchas dudas acerca de la confiabilidad y posibilidades de éxito de lo que seguía siendo, después de todo, una fuerza sumamente pequeña. La oposición democrática hizo aún otra tentativa de negociar con Batista, bajo la dirección, en forma bastante típica, de uno de los comandantes sobrevivientes de las guerras de la Independencia, el distinguido octogenario Cosme de la Torriente, pero las negociaciones se interrumpieron a causa de la intransigencia de Batista. Por consiguiente, ya sólo se trataba de vencer en la lucha armada.

Castro nunca contó con más de algunos centenares de hombres, por lo menos hasta muy cerca del fin, pero no obstante, contaba con un número suficiente para poder rechazar la ofensiva mayor lanzada por Batista en 1958, aunque ese ejército fue tanto derrotado por su propia desmoralización y sus divisiones internas como por cualquier otro factor.

En el otoño de 1958, Castro pudo aventurarse a lanzar varias ofensivas, en particular el ataque de Ernesto Guevara a Santa Clara, en el centro de la isla. Después de la captura de esa ciudad, Batista huyó, dejando un vacío que Castro llenó rápidamente, primero con un gobierno provisional compuesto principalmente por liberales intachables, luego, a fines de 1959, con el gobierno revolucionario que todavía está en el poder.

Hay varias cosas que comentar respecto de estos acontecimientos: en primer lugar, la Cuba democrática o liberal había sido perjudicada por los regímenes de Grau y Prío. Incluso el ex presidente Prío, que había vuelto a Cuba en 1959, apenas si hizo algún alboroto por la tardanza de la Revolución en realizar elecciones. En segundo lugar, Castro ganó la guerra civil contra Batista por lo menos en parte por medio de una hábil campaña publicitaria, sobre todo en Estados Unidos con una gran ayuda de parte de los medios noticiosos que necesitaban con urgencia un héroe sobre el cual hablar. Esta buena impresión fue uno de los motivos de la prohibición de vender armas norteamericanas a Batista en 1958. En tercer lugar, Castro ganó en Cuba porque dio la impresión de que encabezaba una amplia coalición que incluía tanto a la izquierda como a la derecha, y en verdad, a cualquiera que quisiera unirsele, tanto católicos como comunistas. En este aspecto, representaba, por ejemplo, un tipo muy diferente de desafío al de Ernesto Guevara, en Bolivia. Todos sabían que si Guevara hubiera ganado en Bolivia, se hubiera producido una revolución. En Cuba, la gente creía que podía haber una regeneración de Cuba,



pero la mayoría pensaron que sería dentro de los límites de la Constitución de 1940. Quizás Castro haya pensado otro tanto en esa época.

También hay que decir que la guerra civil contra Batista fue la culminación de un largo período de frustraciones entre los cubanos. Se había estado hablando de revolución por lo menos desde 1933, de muchas maneras desde 1898 y, en cierto modo, desde el comienzo de la primera guerra contra España en 1868. En 1959, la gente evidentemente se decía a sí misma: esta vez no puede fallar. En este aspecto Castro contó con una cantidad sorprendente de apoyo y simpatía populares. Por otra parte, parecía que nadie sabía exactamente qué es lo que querían decir con la palabra "revolución". La palabra "regeneración" en realidad sería en muchos casos una palabra mejor para lo que muchas personas quieren pensar por "revolución". Ciertamente, en Cuba, la revolución contó en un comienzo con el apoyo de muchos que más bien se sorprendieron por lo que llegó ésta a ser después.

Ahora bien, Castro, como todos recordamos, llegó a La Habana en enero de 1959. En febrero ya era Primer Ministro, cargo que ha desempeñado desde entonces. En mayo, era promulgada la primera reforma agraria. En julio, Castro sostenía una disputa pública con el presidente anticomunista, Urrutia; un ex juez que había sido su propio candidato a la presidencia, y después con todos los así llamados liberales dentro del gobierno. En octubre, el anticomunismo se había convertido virtualmente en un crimen. En febrero de 1960, el Ministro de Comercio soviético visitó La Habana y firmó el primer acuerdo comercial cubano-soviético. En mayo de 1960, Castro le pidió a las compañías petroleras norteamericanas que refinaran petróleo soviético en lugar de aquel proveniente de Venezuela. Estas se negaron y Castro en represalia las nacionalizó. El Presidente Eisenhower suspendió entonces la cuota de azúcar cubana. Castro nacionalizó, además, una gran cantidad de compañías norteamericanas. En octubre de 1960, otras industrias importantes fueron tomadas por los cubanos. La Embajada de Estados Unidos fue retirada en enero de 1971. Casi al mismo tiempo de la invasión de Bahía Cochinos, en abril de 1961, Castro había comenzado a describir a Cuba como un país socialista y a sus partidarios como comunistas, y el 1º de mayo de 1961 anunció que no habrían elecciones en Cuba. En 1962, en la crisis de los cohetes, a pesar del gran éxito aparente para Kennedy, fue como si el régimen cubano hubiese recibido una cuidadosa garantía por parte de Estados Unidos. El resultado fue que en 1963 Castro inició una segunda reforma agraria, que limitaba los predios agrícolas a cerca de 80 hectáreas como

máximo, y en 1968, se llegó a la completa eliminación de la empresa privada.

Ahora bien, ¿qué explicación existe para todos estos acontecimientos que, naturalmente, se hallan entre los más dramáticos que se han conocido en el hemisferio occidental?

Podemos destacar, creo, la noción de que Castro y Cuba fueron empujados al comunismo por Estados Unidos; el movimiento de Castro no era del tipo que fuera a desviarse de lo que consideraba el camino recto como resultado de presiones externas. En segundo lugar, podemos ciertamente excluir también la idea de que Fidel Castro haya sido, como lo han sugerido algunos comentaristas estadounidenses de extrema derecha, un comunista desde hacía muchos años y que sólo había estado a la espera de una oportunidad favorable para llevar sus ideas a la práctica. Pienso que quizás nunca se pueda llegar a una explicación completa y cabal, pero creo que entre los factores que hay que tener presente se encuentran los siguientes:

1. Todos los gobiernos cubanos en el pasado habían hecho aparecer como que se peleaban con Estados Unidos pero más tarde hacían las paces; quizás Castro, por su edad (en ese entonces era sumamente joven) quizás por temperamento, no se sintió dispuesto a hacer esto.

2. Una gran parte de la vieja Cuba estaba comprometida con el pasado, o podía estarlo, como resultado de su colaboración con Batista, o por lo menos de su complicidad con él.

3. Castro antes de la revolución no imaginaba quizás con qué facilidad caerían los bastiones de la vieja Cuba; cuán endeblés eran en efecto las instituciones de la sociedad burguesa.

4. Cualquier gobierno cubano que se enemista con Estados Unidos tiene en sus manos un problema importante: ¿Cómo vender la gran cantidad de azúcar que anteriormente compraba Estados Unidos? En el actual estado del mercado azucarero mundial el hecho es que, sea que en 1960 esto hubiera afectado realmente o no al problema de una forma tan simple, la única alternativa frente a Estados Unidos como comprador de azúcar cubana en grandes cantidades era la Unión Soviética, así como la única alternativa en 1971 frente a la Unión Soviética es Estados Unidos.

5. Cuba quería armas, quizás en parte como símbolo de status, pero en parte para poder hacer frente a la amenaza real, como al final lo fue, de la contrarrevolución. Nuevamente después que tanto Estados Unidos como Europa habían rechazado la petición cubana, Castro tuvo que dirigirse a la Unión Soviética.

6. Quizás Castro genuinamente tuvo la idea de un así llamado régimen "humanista" antes de llegar al poder, y durante algunos meses después de llegar a él. Pero de todos modos evidentemente necesitaba un grupo leal de hombres experimentados capaces de llevar a efecto eficazmente las reformas que él deseaba. El Partido Comunista, el partido político cubano organizado más antiguo, resultó ser el único capaz de apoyarlo y acompañarlo en este camino.

Finalmente, hay algunos puntos generales que desearía plantear: primero, ciertamente parece a muchos como si con la revolución, Castro hubiese roto totalmente con el pasado de Cuba en todo sentido. La Cuba de hoy parece irreconocible si se la compara con la Cuba de Fulgencio Batista o de Carlos Prío Socarraz. No obstante, pienso que, igual como el historiador francés, De Tocqueville trazó el origen del auge del campesinado francés a una época anterior a la Revolución Francesa de 1789, en el futuro creo posible que Castro sea considerado en ciertos sentidos como el heredero de diversas continuidades importantes en la vida cubana: primero, la "cubanización" de la industria, comenzada después de la revolución de 1933, particularmente de la tan importante industria azucarera. Los inversionistas estadounidenses se habían estado retirando a gran escala entre 1940 y 1960 y Lobo, a quien he mencionado antes, se dedicó a comprar todas las centrales azucareras que pudo conseguir. En este aspecto, Fidel Castro continuó la labor de Lobo, aunque, naturalmente sustituyó la nacionalización por la "cubanización".

Tampoco fue la Revolución la que inició la intervención estatal de la industria del azúcar; después de 1927, el Estado había intervenido cada vez más directamente. Desde luego, el Presidente de la República hacía el anuncio del comienzo de la zafra, y este hecho era un símbolo de la realidad de que el Consejo de Estabilización del Azúcar patrocinado por el gobierno era el que fijaba la cantidad total de azúcar que debía ser producida por cada central azucarera. Resultaba imposible fundar nuevas centrales y la legislación laboral (que es una forma de intervención del gobierno) hacía imposible modernizar las antiguas. Las grandes centrales seguían siendo grandes; las chicas, chicas. La libre competencia, en el sentido generalmente aceptado de la frase, había muerto para la industria azucarera cubana mucho antes de que Fidel Castro llegara al poder.

Existen otros elementos de continuidad entre la nueva y la vieja Cuba: En tiempos de Batista, el sistema sindical cubano, bajo la dirección de Eusebio Mujal, estaba aliado con el Estado. Es cierto que el Estado estaba controlado por Batista, pero también simboliza

el hecho que, con anterioridad a la Revolución, la estructura sindical formaba parte de la burocracia nacional en una medida casi igual que después de ella. Los sindicatos no eran tanto los representantes de la libertad de trabajo, como un poderoso grupo de presión; pero también lo son hoy día bajo el régimen de Castro. Esto explica en parte por qué los sindicatos "libres", aun cuando fueron purgados en 1959, llevaron a efecto una lucha tan ineficaz para mantenerse después del giro hacia la izquierda que tomó el régimen revolucionario a fines de 1959. También habría que tener presente que muchos de los miembros de la estructura sindical anterior a 1959, incluso sin ser comunistas, pasaron directamente a integrar las directivas después de 1959: un buen ejemplo de esto es Conrado Bécquer, quien, según creo, todavía es Secretario General de los trabajadores del azúcar, esto es, el mismo cargo que desempeñaba en 1958, cuando Batista estaba en el poder.

También es cierto que los gobiernos cubanos anteriores al de Fidel Castro buscaron la diversificación de la agricultura y, en realidad, desde 1927, cuando Machado inició ésta mediante la dictación de una serie de leyes arancelarias, hubo una cierta cantidad de diversificación de la economía azucarera, aunque, sin duda, insuficiente. Un gráfico en que se señalara la diversificación mostraría una curva continua aunque irregular desde 1927 hasta 1964, año en que el gobierno revolucionario llegó a la decisión deliberada de detener este proceso.

Luego, al considerar el legado que dejaron a la Revolución los gobiernos anteriores, cabe recordar no solamente los que aparecen como factores positivos, sino también ciertos aspectos negativos. Así es como la sociedad de Cuba nunca se caracterizó por un respeto profundo por la ley, aunque de hecho había cualquier cantidad de abogados. Todos los gobiernos desde los Capitanes Generales de la España Colonial para adelante (con la excepción de los gobiernos militares de Estados Unidos y la presidencia de Estrada) trataron a la ley como algo que había que utilizar en beneficio financiero del gobierno y a menudo en beneficio personal. El resultado es que hoy uno habla en Cuba incluso con personas que están descontentas con el régimen, es muy poco probable que se refieran a la falta de legalidad; falta de artículos de consumo, falta de libertades políticas o de la regimentación de la familia, o falta de empresas privadas, quizás, pero la legalidad no se encuentra entre las cosas mencionadas en primer término. ¿Podría ser de otra manera cuando in-

cluso las personas de más edad sólo conocen de oídas o por haber viajado, lo que es la legalidad?

¿Estoy diciendo con esto, por lo tanto, en contra de todas las apariencias, que el régimen de Castro ha tomado una estructura política y social existente y simplemente la ha dado vuelta al revés? De ninguna manera. Pero sí estoy diciendo que la revolución cubana es cubana, y, les guste o no les guste, el presente cubano, y el futuro cubano, están influidos por el pasado cubano. El "hombre nuevo" es inevitablemente hijo del antiguo, y puedo imaginarme perfectamente a algún historiador de Cuba explicando que el rendimiento relativamente pobre de la economía bajo Fidel Castro se debió a la estagnación o decadencia relativa de los años precedentes: estagnación y decadencia económica de las que la Revolución fue en cierto modo una consecuencia, pero que hasta aquí no ha logrado detener.

Hay algunos otros puntos que podrían ponerse de relieve ahora, puesto que en realidad están ligados a estos factores de estagnación a que he hecho mención.

Primero, existía en Cuba en la década de 1950 un grupo bastante numeroso de personas de clase media que, sin ser de ninguna manera marxistas o "revolucionarios", creían en la necesidad de cambios sociales y de una regeneración nacional. Estas personas no eran particularmente miembros de partidos políticos aunque puede que hayan votado por los ortodoxos en 1948 y en 1950, o quizás por los comunistas; simplemente, creían que la mayoría de los cubanos merecían tener una mejor vida, un mejor sistema de educación y de salud, y también sabían que el país era lo suficientemente rico para proporcionar estas cosas.

Sospecho que este grupo (muchos de cuyos integrantes se hallan ahora en el exilio) jugaron un papel más importante en la preparación del camino para la revolución y en un eventual afianzamiento, que lo que sería dable sospechar. Por ejemplo, eran el tipo de personas que, sin ser de ninguna manera antidemocráticas en el sentido más amplio de la palabra, se irritaron especialmente cuando, durante 1959 y 1960, los periodistas norteamericanos le preguntaban incansablemente a Castro cuándo iba a llamar a elecciones, si era comunista, etc. En esa época, habrían pensado que después de las experiencias de Prío Socarraz y de Grau San Martín, la normalidad electoral era menos importante que los cambios sociales.

Este era el grupo que, según sospecho, formaba la masa del movimiento ortodoxo a fines de la década de 1940 y fueron los que se sintieron más frustrados con el golpe de Batista, en 1952, ya que

este acto los privó de un momento creativo de servicio a la sociedad; porque Batista, si entonces no se conocía como el tirano abúlico en el que se transformó, era un símbolo de la demagogia corrompida y fácil. Podríamos agregar que es con respecto a los objetivos de este grupo —la reforma en educación y en salud— que la Revolución ha resultado de hecho más creativa y eficaz.

Había también otro grupo de importancia que estaba frustrado en Cuba antes de la Revolución. Este estaba compuesto por el gran ejército de personas de la pequeña burguesía de las ciudades —el sector terciario formado por los oficinistas, los vendedores de tiendas, los electricistas, los agentes de ventas, los empleados de banco, que estaban conscientes de que su talento era superior a sus oportunidades. Estaban frustrados por la situación económica cada vez más limitada en que su propio avance social o económico era más difícil, en la década de 1950, que lo que habría sido si hubiesen sido jóvenes durante los embriagadores días de la expansión del azúcar a comienzos de la década de 1920. Aquí habían hombres ambiciosos que soñaban no sólo con prestar servicios a la sociedad sino también con un avance social para ellos y sus familias; que quizás suspiraban tanto por las acciones heroicas como por la posibilidad de obtener buenos cargos.

La existencia de este sector de la población explica en gran medida, según sospecho, la supervivencia de los grupos de gangsters políticos hasta entrada la década de 1950, y también explica qué tipos de personas apoyaron a Castro en un comienzo. He observado anteriormente que muchos de sus partidarios eran miembros del Movimiento Juvenil Ortodoxo, y sobre todo de la ciudad de Artemisa, en la provincia de Pinar del Río. También he hecho un análisis de los antecedentes profesionales y sociales de los hombres que estaban con Castro al comienzo en el asalto al cuartel Moncada. Casi todos los hombres del Moncada tenían el tipo de antecedentes que he sugerido. Muchos de ellos murieron, ya sea en el Moncada o en años posteriores; los que sobrevivieron encontraron lo que habían estado buscando. Ellos, y las personas como ellos que puede que no hayan participado directamente en la lucha armada, llegaron a ser los nuevos dirigentes políticos y económicos de los primeros años; los administradores de las fábricas, de las granjas estatales, o de los departamentos del gobierno. Puede que no hayan sido demasiado expertos, al comienzo por lo menos, pero fue su existencia y sus ambiciones, así como su deseo de una regeneración social, los que hicieron fácil que el gobierno revolucionario pudiera ignorar en sus cálculos a la

alta clase media más capacitada y a la generación anterior de administradores, aunque muchos de éstos en realidad se han quedado en Cuba.

Luego debemos mencionar el gran número de cesantes y de subempleados en la Cuba de los viejos tiempos. Nadie sabe cuántos había en esta clase, pero ciertamente, constituían más del 10% de la población activa, posiblemente mucho más. También debe decirse que muchos en esta categoría eran jóvenes —adolescentes que debieron o pudieron ir a la escuela. Aquí, quizás, como en muchas otras cosas, la edad más bien que la clase fue un factor decisivo, porque la mayoría de las personas, por lo menos a los 25 ó 30 años de edad, encontraban un trabajo, y una vez que lo tenían, pasaban bajo la protección de los sindicatos.

Estas personas no escucharon la voz de Castro antes de 1959, ni tampoco comprendieron su llamado. Todos habían escuchado la palabra "Revolución" antes, y se mostraron escépticos al escucharla de nuevo. Pero después de 1959, Castro les habló en forma más directa a ellos que a ningún otro grupo. A ellos pertenecían esos "rostros alzados en la multitud" de los años 1959 y 1960, cuyos vítores y entusiasmo impulsaron hacia adelante la revolución. Muchos de ellos también han encontrado su lugar en las filas del nuevo ejército, en la policía o en la administración pública. Su apoyo a la Revolución ciertamente perdurará, aunque eventualmente puede que sus hijos sean más críticos.

Al referirme a Cuba y a la Revolución, he hablado del país a secas y no de las "condiciones objetivas" que hacen que un país esté más o menos maduro para los cambios revolucionarios. Las generalizaciones acerca de las causas que llevan a la revolución no parecen difíciles. ¿Qué de común tiene Rusia, país casi enteramente agrícola en 1917, con Cuba en 1959, "el país más altamente capitalizado del trópico"? Naturalmente, hubo otra revolución importantes en un país con una economía azucarera semejante a la de Cuba, y ésta fue la de Haití en 1790, ¿pero tienen realmente algo en común estos dos países en épocas tan diferentes?

Existen, por supuesto, algunos factores comunes que se repiten en naciones que han experimentado revoluciones violentas, y, entre ellos, el de la guerra figura en un lugar importante. La revolución rusa, por ejemplo, fue una consecuencia directa de la primera guerra mundial puesto que, sólo en condiciones de guerra podían movilizarse diez millones de jóvenes campesinos y de este modo estar al alcance tanto de la propaganda zarista como luego de la revolucio-

naria. Pero en este punto, la tecnología interviene en el asunto: ya en la década de 1950, según pudo constatar Castro (como lo había podido constatar Chibás antes de él), la aldea más apartada podía ser politizada por medio de la radio y de la televisión, siendo un discurso televisado el equivalente a la distribución de varios cientos de miles de panfletos.

En verdad, este tema no tiene fin, aunque es de gran interés. El hecho es que cada estructura social es tan variada, por lo que es poco probable que las generalizaciones respecto a países diferentes en épocas diferentes resulten de utilidad. Se pueden apreciar a la vez relaciones y también contradicciones. Incluso el elemento de la guerra no es determinante, puesto que tanto en el caso de la revolución francesa como en el de la mexicana, la guerra en verdad vino después de la revolución, no antes. Pero ¿fueron éstas verdaderas revoluciones? Como respuesta, se puede decir que la gran mayoría de las personas que vivieron allí cuando ocurrieron, no tuvieron muchas dudas acerca de esto. ¿Habría experimentado la Europa Oriental una revolución comunista sin la presencia del ejército ruso? Es ciertamente posible, como lo demuestra el caso de Yugoslavia: a esta nación la impulsaron más hacia la revolución los ingleses que los rusos. Pero luego, el Mariscal Tito es un caso aparte.

Esto sugiere todavía otro punto que quizás valga la pena mencionar, esto es, que en todas las revoluciones marxistas (que el marxismo mismo sugiere que son debidas al inevitable choque de fuerzas materiales que están fuera del control humano), individuos sobresalientes han jugado papeles predominantes. Lenin, Mao, Castro, para bien o para mal, dominan nuestro pensamiento respecto a los primeros años de sus respectivas revoluciones. Es posible creer que las cosas hubieran sido iguales con o sin ellos. Actuaron, o parecieron actuar como grandes hombres del destino que tomaron sus propias decisiones libremente frente al dogma. ¿No es ésta quizás la ironía final de las revoluciones materialistas de nuestro siglo? Se podría agregar que han sido precisamente los gobiernos marxistas los que han puesto el énfasis más especial y convincente en el papel del líder individual en formas que seguramente habrían sorprendido a Marx, aunque hubiesen sido del agrado de uno de sus contemporáneos, el historiador inglés Thomas Carlyle, autor de la teoría de los grandes hombres de la historia.